

Una red de cultura, una red para el desarrollo



Red de Centros Culturales de España

La cooperación española, a través de su Red de Centros Culturales, apuesta por la cultura como motor de desarrollo.

www.aecid.es/redecentros



GAZPACHO
ACÁ HAY TOMATE



NÚMERO 9 - DICIEMBRE 2011

TRANS

LA REVISTA DEL CENTRO CULTURAL
DE ESPAÑA EN BUENOS AIRES

CCEBA Centro Cultural
de España
en Buenos Aires

ÍNDICE

5

TRANS

De qué hablamos cuando hablamos...

MARTA DILLON

8

MIRÁ POR DÓNDE SE CORTA EL GÉNERO

ENTREVISTAS A MAURO CABRAL POR MARTA DILLON Y A LUCAS PLATERO POR MICAELA FERNÁNDEZ DARRIBA

12

ERRAR ES HUMANO

OSVALDO BAIGORRIA

16

ROMPER EL LENGUAJE

MARLENE WAYAR

18

PASARELA LA FRATERNIDAD

PABLO REY

20

CUERPOS DE DISEÑO

MARTÍN DE AMBROSIO

22

BODA SECRETA

MICAELA FERNÁNDEZ DARRIBA

24

SONIDOS EN CAUSA: TRANS-SÓNICO

Desde el Centro Cultural España en Córdoba
GONZALO BIFFARELLA

26

Y UN DÍA, TODOS SEREMOS TRANS

MARIANO BLEJMAN

28

MEDIATECA

PALOMA SNEH

30

BREVES

31

JUNTXS

Dossier Fotográfico
CURADOR: CLAUDI CARRERAS
FOTOGRAFÍAS DE ORIANA ELICABE Y VICENTE PAREDES

51

TUS HIJOS SON TUS HIJOS

GABRIELA CABEZÓN CÁMARA

54

LA CIUDAD Y SUS CUEVAS

LETICIA SABSAY

56

QUEER: TRANS DE TRANSICIÓN

MARIANO SOTO

58

JUICIO FINAL

UN RELATO DE FERNANDA GARCÍA LAO

60

NEVERLAND

JUAN MANUEL BURGOS

64

HAC: CUANDO LOS GENES SE VUELVEN TEXTOS

MediaLab CCEBA
EMILIANO CAUSA

66

ESTACIONES

PRODUCCIÓN: WUSTAVO QUIROGA

78

EXCEPCIONALES

DANY BARRETO

80

ABRÍ LAS PIERNAS, JUANA

LILIANA FELIPE Y JESUSA RODRÍGUEZ

83

COPI: LA FIESTA DE LAS LOCAS

DANIEL LINN

86

LA CAÍDA DEL IMPERIO BINARIO

MICAELA FERNÁNDEZ DARRIBA

88

EL BUEN PASO

MARTA DILLON

90

SIN PERDÓN

MAURO CABRAL

92

NORMALIDAD HIPSTER. DE CÓMO DEVENIR (Y NO SER) TRANS SIN PERDER LA CLASE

PAULA VITURRO

96

GLOSARIO

EDITORIAL

No lo sabemos pero alguien nos lo contó. Nacimos a los gritos, moviendo los brazos, dando patadas mientras salíamos del cálido y húmedo vientre de nuestra madre. O sea, nacimos moviéndonos.

No lo sabemos pero alguien nos lo contó. Antes de nacer ya nos movíamos. Las pataditas de fetos en camino a ser bebés fueron, junto con la respiración, nuestros primeros movimientos. Y luego alguien trató de frenarnos. Nos metieron en un corralito para que desparramáramos los juguetes, nos anotaron en un registro para cumplir con los requisitos de nuestra identidad y ahí le preguntaron al que podía hablar, no a nosotros: nuestro nombre, nuestro sexo, nuestra nacionalidad y alguna otra cosa. Según dónde.

El primer gesto del mundo, al recibirnos, fue atarnos. ¿Por qué las cunas tienen rejas? Quizá ese sea el comienzo de la confusión y de la necesidad de *normativización*, de encasillarnos –literal y simbólicamente– en algún cuadradito a llenar más adelante en los formularios de la escuela, la universidad, el banco, la policía, la aduana, el contrato de alquiler, la AFIP, la agencia de viajes. Nacimos rodeados de urgencias de definiciones y de mandatos. “No te moverás” no es un mandamiento de los recibidos por Moisés según el fantástico relato del *Antiguo Testamento*. “No te moverás” vino después porque hasta Moisés tuvo el coraje –lo dice el mismo maravilloso libro– de cruzar el río y pasar al otro lado. En el relato bíblico lo *trans*, devenía no sólo en un movimiento de salvación sino de coraje y de identidad. Y luego empezaron las casillas, las casas con cruces para judíos o no. ¿No eran todos lo mismo? Humanos, queremos decir.

Notamos en nuestra vida contemporánea una glorificación sospechosa hacia lo estático e inmóvil, una necesidad interesada –no la que defiende nuestros intereses y derechos– de que nos quedemos quietos, de que no pataleemos, de que marquemos una cruz en el casillero, de que recorde-

mos la reja de la cuna, de que no crucemos el río. Quietos, estáticos, acostumbrados y domesticados no acarreamos ningún peligro. Metidos en las categorías de un sistema de organización social que no inventamos, en ese cuadrado consolidado sí podemos movernos. Pero atención: no dejar en blanco el casillero. Si no serás loco, inconforme, freak, anormal, contestario y peligroso, siempre peligroso, porque en el movimiento extremo, se arma un espejo donde el otro quieto –acostumbradamente quieto– quizá podría mirarse y repensar algunas cosas. Las que están fuera del casillero.

Y qué si fui a la escuela de las hermanas dominicas y ahora elijo ser budista, y qué si nací en Buenos Aires y se me ocurre probar suerte en Nueva México y qué si nací morochx y me de la gana de hacerme rubix (¿seré esx negrx pretenciosx?), y qué si me dijeron que era mujer y luego no estoy muy segura y a veces me parece que sí y otras me parece que no y luego no sé nada en absoluto. Sé que estoy aquí y nada más, y que respiro y la vida me pone contenta algunas veces y otras no. Pero sigo estoy aquí, con este cuerpo que no tiene que definirse porque alguien me lo pide para quedarse tranquilo.

Y qué si quiero salir del gueto de mi raza y mezclarme con otra, y qué si no quiero comprar una casa y pagar por el resto de mi vida una hipoteca y qué si no me gusta el rebaño. El rebaño se mueve, sí, pero todo junto, inconfundible cada animal que lo conforma, todos iguales, no es cada oveja: es el rebaño que bala. ¡Beeeeeéeee!

En *Gazpacho* no queremos decir *beeeeeeee*, queremos cuestionar la quietud y el estatismo por mandato –tampoco pretendemos obligar a moverse a quien le guste estar quieto ni armar el rebaño de los que se mueven–; en el mundo *trans* que vamos a contar en las páginas siguientes, queremos defender la libertad de ser.

Ese es el mundo trans que nos interesa recorrer. ¡Vamos!

LA CIUDAD Y SUS CUEVAS

LETICIA SABSAY

En el mapa del ímpetu democrático por el reconocimiento de géneros y sexualidades sigue habiendo zonas oscuras: puntos geográficos donde se recluye al trabajo sexual trans que marca exilios forzados, aun en tiempos diversos.

En el linde donde lo político y lo moral continúan anudadas, profundamente, las acaloradas luchas en torno del trabajo sexual. No encuentran punto de resolución, no importa el contexto del que se trate. Esta parálisis política lleva décadas en su haber, producto –en parte– de la obstinada resistencia a *descriminalizar* el trabajo sexual independiente y las subsecuentes controversias, que desatan las zonas rojas, se repiten con una persistencia irritante y, a menudo, con una lógica sospechosamente similar en muy distintas ciudades del globo, ya se trate de Buenos Aires, Barcelona o Londres. A nivel gubernamental, entre las demandas de una política más o menos democrática y los requerimientos de las tendencias inmobiliarias neoliberales, las demandas de lxs trabajadorxs sexuales, tanto a escala internacional como regional y local, siguen sin ser escuchadas seriamente.

Esta situación contrasta de forma sorprendente con el ímpetu democratizador en materia de sexualidad y de género. En efecto, actualmente somos testigos de un momento político en el que, guiados por un creciente consenso sobre la necesidad de reconocer las distintas formas de vivir la sexualidad y el género, en distintos contextos que se tienen a sí mismos por democráticos y, en cierta medida, hasta con el objetivo de demostrar ese espíritu, se han venido implementando leyes y medidas que apuntan a la realización de ideales igualitarios, libertarios y antidiscriminatorios. En paralelo con la indisputable necesidad de conseguir una efectividad y real equidad de género, el reconocimiento de la diversidad es el mantra que sintetiza las buenas intenciones de muchos gobiernos. La Ley del Matrimonio Igualitario, la Ley de Identidad de Género, las medidas en contra de la discriminación por

razones de género, o sexuales, y las luchas, cada vez más extendidas, por la consecución de este reconocimiento a nivel global, dan acabada cuenta de ello. Tal relevancia han asumido estas cuestiones que, de algún modo, podríamos pensar no sólo en un proceso de democratización de las sexualidades, sino también, en cómo la democracia se ha *sexualizado*: la nueva respetabilidad sexual, signada por la igualdad, el reconocimiento y la diversidad, define hoy los términos de lo que entendemos por democrático.

Este escenario parecería sugerir una historia de progreso: primero las mujeres, luego los colectivos gay y lesbianos, más tarde los movimientos *queer*, y los colectivos trans. Sin embargo, la constelación es bastante más contradictoria de lo que parece. En Argentina, por ejemplo, el aborto sigue siendo un punto ciego. En otro plano, ¿acaso el reconocimiento de las identidades trans no ha conllevado la patologización y/o medicalización de las formas –vale, ahora por lo menos no tan binarias, pero en definitiva también normativas– en las que encarnar el género? Desde luego está también la cuestión de la clase, la de las prácticas sexuales no tan bien vistas, la de quienes cuestionan la centralidad de la familia (aún diversificada). ¿Qué modelos de disidentes sexuales se proponen como ideales en el contexto del auge de lo diverso? Está claro que, más que un puro y simple avance de la libertad, esta narrativa de la democratización nos indica nuevas fórmulas de regulación sexual, por ponerlo en términos foucaultianos. Y con esto no quiero decir que estos logros sean inauténticos. Claro está que no hay una libertad radical absolutamente exterior al poder, sino más bien una relación agonística con las normas sociales, cuyo carácter se augura infinito. Pero es importante la distinción, porque ella define, de algún modo, nuestra visión de las luchas políticas en las que nos comprometemos.

En este contexto, creo, las zonas rojas, y más aún las dedicadas al trabajo sexual trans, marcan esta tensión y derriban el mito de esta homogénea



escena de la democracia sexual. Además de dar cuenta de la pertinencia flagrante de la segregación social, ellas son una metáfora espacial de la frontera ideológica acerca de cuáles son las formas públicamente legítimas de la sexualidad aun en tiempos diversos. En efecto, si bien la regulación del trabajo sexual en zonas especialmente establecidas implica, en muchos casos, una mejor situación que la total abolición, estos corralitos simbólicos no dejan de ser un lugar de exilio destinado a quienes, de otro modo, *sexualizarían* el espacio público “*inconvenientemente*”. Estas zonas marcan los límites y las jerarquías entre las formas y prácticas sexuales ideales, admisibles, menos admisibles o inaceptables en las que, de acuerdo a cierto imaginario quizás más democrático, pero no por ello menos normativo, el espacio urbano

ha de *sexualizarse* diferencialmente.

Después de todo, la sarta de tediosos argumentos que hacen su entrada tanto cuando se impugna a estas zonas como cuando se las defiende como el menor mal, no hacen otra cosa que mostrar el profundo arraigo de una moral anti-sexo que sobrevive al discurso de la diversidad sexual, la cual, cuando conviene, no duda en mostrarse indiferente a quienes van quedando excluidos de ese mito del progreso.

FOTO: Pablo Accinelli, detalle de *Escenario exterior - relación interna*. 2007

LETICIA SABSAY. Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires y Doctora por la Universidad de Valencia. Autora, entre otros, de *Fronteras sexuales. Espacio Urbano, cuerpos y ciudadanía* (Paidós, 2011)